

Conflicto social y subjetivación política: performance, militancias y memoria en la movilización estudiantil post 2011

Juan Pablo Paredes P.¹
Nicolás Ortiz Ruiz²
Camila Araya Guzmán³

Recibido: 30/07/2018
Aceptado: 01/11/2018

RESUMEN

El presente artículo analiza la conformación de una subjetividad política antagonista a partir del 2011 en Chile. Para esto, se analizan tres aspectos considerados como claves: performance, memoria y compromiso político. Respecto a la performance se destaca el carácter novedoso de las manifestaciones callejeras en su impronta lúdica y no violenta. Sin embargo, tal novedad es contrastada con la raigambre que esta subjetividad tiene en la memoria de las luchas contra la dictadura y un compromiso político enraizado en las luchas históricas de la izquierda chilena del siglo XX. En este sentido se concluye, proponiendo la existencia de una subjetivación política antagonista híbrida, que contiene elementos de la coyuntura en la cual se encuentra, pero que también rescata elementos de la historicidad de luchas del país.

Palabras clave | *subjetivación, politización, protestas, postmemoria, compromiso político.*

¹ Investigador Postdoctoral CEDER- ULagos y Doctor en Ciencias sociales, Universidad de Chile.
email: juan.paredes2@ulagos.cl

² MA in Longitudinal Social Research y Doctor (c) en Sociología, University of Essex.
nicolas.ortiz.ruiz@gmail.com

³ Magíster en Métodos para la Investigación Social, Universidad Diego Portales. Asistente de investigación Centro de Estudios Desarrollo Regional y Políticas Públicas (CEDER), Universidad de Los Lagos. Chile.

*Agradecimientos

Este texto ha sido posible gracias al apoyo del Conicyt Chile bajo el financiamiento del Proyecto Fondecyt Postdoctorado N° 3170504.

ABSTRACT

Social conflict and political subjectivation: performance, activism and memory in the post 2011 student mobilization

This paper analyzes the development of an antagonistic political subjectivity in Chile from 2011 onwards. For this purpose, three key aspects are considered: performance, memory and political commitment. Regarding performance, the paper highlights the novel character of street demonstrations in terms of its non-violent and playful character. However, this novelty is compared with the roots that this subjectivity has in the struggles of the Chilean Left in the XX century. Thus, this paper concludes arguing the existence of a hybrid antagonistic political subjectivation, which contains elements from the particular historical moment that is born from, together with elements from the historicity of the social struggles of the country.

Keywords | *Subjectivation, politicization, protests, postmemory, political commitment.*

INTRODUCCIÓN

El 2011 fue, para el contexto chileno de postdictadura, un año excepcional. Debido a las masivas protestas estudiantiles que se tomaron las calles y los medios de comunicación durante un semestre (Cuevas y Paredes, 2018), se especularon variados escenarios. Para ciertos analistas fue el año que presagió el derrumbe del modelo (Mayol, 2012) o la aparición de tiempos pre-revolucionarios (Salazar, 2012). Para otros, el año en que retorna la Sociedad vía el conflicto, luego del imperio de la institucionalidad política del consenso (Ruiz, 2015), en clave de la gobernabilidad concertacionista. De acuerdo a posiciones más moderadas, fue solo el año en que la ciudadanía volvió a las calles luego del aletargado momento transicional, aunque remarcando la brecha de representación entre el mundo político y la ciudadanía (Segovia y Gamboa, 2012). Otras lecturas vieron en este año el malestar de la ciudadanía con los efectos injustos del proceso de modernización de la Sociedad, lo que implicaría revisar el trayecto de tal modernización sin recurrir a las ideas de transformación ni revolución (Tironi, 2011).

Más allá de las diferentes expectativas en los resultados del proceso de movilización estudiantil 2011, y los pocos estudios que se conocen en torno a los efectos del mismo, podemos definir algunas conjeturas que permiten aventurar líneas de argumentación

sobre ciertas tendencias derivadas de las luchas estudiantiles de ese año.

Desde nuestra óptica, el 2011 chileno significa un momento de inflexión en el trayecto de la democracia neoliberal que abre el orden sociopolítico a la crítica y cuestionamiento de su naturalización en el transcurso de las últimas tres décadas. La movilización estudiantil no logró establecer transformaciones estructurales, en el sentido del derrumbe del modelo o el cambio revolucionario, ni logró instituir cambios culturales profundos. Entonces, ¿cuál es la especificidad con que dotamos lo acontecido el 2011?

Consideramos que aunque no se produjo un cambio en la estructura sociocultural de envergadura, reconocemos que lo social- entendido como un campo de interacciones, relaciones y asociaciones instituidas- se volvió un terreno fértil para que emergiera públicamente una subjetividad política diferenciada de la existente hasta 2010. Sin embargo, esta tesis no destaca solamente la novedad pública del proceso de subjetivación política desde el 2011. Al contrario, proponemos que tal subjetivación política no puede entenderse sin consideración de un componente de historicidad. Específicamente, a modo de hipótesis interpretativa y con un carácter exploratorio, proponemos la conformación de un tipo de subjetivación política antagonista cuyo compromiso político es de carácter híbrido, en base a dos claves analíticas: la memoria de las luchas sociales contra la dictadura y los procesos de socialización política militante⁴.

Argumentativamente el texto sigue la siguiente organización. Iniciamos presentando la trama conceptual que funda la propuesta. Luego, realizamos una contextualización previa al 2011, enfatizando la importancia del movimiento secundario del 2006. Posteriormente, proponemos tres argumentos que ilustran la hipótesis del escrito. En el primero, basado en el momento manifestante del 2011, damos cuenta de las performances de protesta como la principal novedad de esta subjetividad política. El segundo, matiza la idea de novedad al introducir la relación entre el proceso de subjetivación política derivada del 2011 y la memoria de las luchas anti-dictatoriales en Chile. Para, en un tercer momento, poner énfasis en la socialización política y compromiso político para la configuración de un modo de subjetivación política. Cerramos el escrito con una conclusión del proceso de subjetivación política desde 2011, en base a la propuesta de un tipo de compromiso político de carácter híbrido.

⁴ Para demostrar la tesis, se estudió el caso de la movilización estudiantil universitaria reciente (a partir del 2011) y recurrimos a materiales cualitativos de sujetos universitarios (entrevistas y etnografías con militantes estudiantiles que se autodefinen de izquierda revolucionaria y activistas adherentes al movimiento estudiantil con orientación de izquierda) de tres investigaciones anteriores que hoy se conectan en una investigación postdoctoral actualmente en curso.

SUBJETIVACIÓN POLÍTICA: ENTRE PERFORMANCES, MEMORIAS Y MILITANCIAS.

El concepto de subjetivación nace principalmente desde la literatura francesa, específicamente de la obra de Michel Foucault (1982). De acuerdo a Foucault, los seres humanos no nacen como sujetos sociales, sino que son forjados por un proceso de socialización donde los registros de poder y discurso permean sus cuerpos y mentes, transformándolos en sujetos. Bajo la interpretación de Deleuze (2015), el concepto de subjetivación apunta a la constitución de un eje específico, donde la formación del sujeto social se despliega como un producto de la interacción entre poder y discurso, pero que describe una trayectoria independiente de estos.

Cuando se aborda el carácter político de la subjetivación, se le agrega otro nivel de complejidad al concepto, en tanto no sólo se cuestiona el proceso por el cual un ser humano se transforma en sujeto, sino que se aboca a cómo se forja en tanto sujeto político.

Dentro de las perspectivas más relevantes se encuentra la de Jacques Rancière (2006). En el marco de su teoría de la democracia, él define la subjetivación política como el proceso mediante el cual un grupo excluido encarna la demanda por la igualdad que viene a remecer a distribución social de lugares, nombres y posiciones asignados a los grupos (Rancière, 2006), cuestionando el orden político imperante (definido como policía). De esta forma, la subjetivación política está centrada en los cuerpos y mentes de los/as sujetos, los cuales cuestionan la distribución de poder en el esquema político de su tiempo, como la posición e identidad social que les fue asignada.

Un punto importante expuesto por el autor, para los propósitos del texto, es la asociación que realiza entre el proceso de subjetivación política y la erupción de una polémica. Es a partir de un acontecimiento disruptivo, llamado por Rancière (1996) desacuerdo, que se cuestiona el orden de un estado social (reparto de lo sensible) particular en un momento dado, interrumpiéndolo momentáneamente y posibilitando la formulación de nuevas configuraciones sociales y subjetivas.

La irrupción estudiantil del 2011 se erige como una polémica que enfrenta al esquema social y político del país, cuestionando su legitimidad y la forma en que se ha configurado. En este sentido, la manifestación y la subjetivación política que de ella surge es de carácter antagonista (Modonesi, 2010), en tanto cuestiona la forma específica de producción y reproducción del orden transicional (Guzmán-Concha, 2014; Mayol y Azócar, 2011; Paredes, 2018; Somma, 2012). En efecto,

el cuestionamiento de la educación de mercado en pos de la institución de una educación pública y gratuita apunta directamente al carácter subsidiario del Estado posterior al Golpe de Estado (Ruiz y Boccardo, 2014).

La particularidad de la subjetivación política antagonista es que se forja en el conflicto, es decir, emerge a partir de la insubordinación que actores sociales llevan a cabo en el contexto de dominación social (Modonesi, 2010). De acuerdo a algunos autores, el despliegue de esta subjetivación no es algo específico a Chile, sino que responde a un proceso mayor de articulación política de la ciudadanía en América Latina y el mundo ante la crisis de legitimidad del neoliberalismo (Mason, 2012; Modonesi, 2008). Siguiendo estos preceptos, hay tres elementos centrales en la irrupción de esta subjetividad política: las performance callejeras, una memoria colectiva con una fuerte raigambre en las luchas históricas de la Izquierda y las configuraciones militantes que combinan las prácticas tradicionales de Izquierda con nuevos tipos de compromiso.

Una de las características más significativas de la irrupción estudiantil 2011, es su expresión callejera. A diferencia de la movilización del 2006, que se volcó a fomentar la creatividad social mediante tomas de establecimientos educativos e intervenciones públicas esporádicas, debido a la fuerte represión de la época, la movilización por la educación pública gratuita se apropió de la calle por más de seis meses (Paredes, 2018; Fernández, 2013), mediante intervenciones como los *flashmob*, las ocupaciones de centros comerciales, los cortes de calle y barricadas. Aunque la marcha callejera fue la forma de manifestación pública más utilizada (Paredes, 2018; Segovia y Gamboa, 2012).

Las manifestaciones públicas las entendemos en tanto performances de protesta. Si bien no existe un acuerdo sobre una concepción unívoca de performance y presenta una serie de problemas en su utilización (Taylor, 2012), su carácter de acto corporal en situación para producir y transmitir sentidos es lo que la define. Entendido así, permite ilustrar muy bien lo sucedido el 2011, pues las marchas implican la puesta en escena para otros de un hacer corporal en situación. Estos actos situados, en palabras de Diana Taylor (2012), tienen un alcance cultural y político al ser utilizados como formas de transmisión de conocimientos y sentidos sociales. Jeffrey Alexander (2003) entrega una definición cercana a la anterior, reforzando tales alcances. Para el sociólogo, las performances culturales intentan transmitir significados sociales a una audiencia con la finalidad de lograr atraer su credibilidad generando un efecto social, ya sea con fines de subvertir o mantener el orden societal.

Siguiendo a Taylor, las performances operan como actos “*que transmiten el*

saber social, la memoria y el sentido de identidad a partir de acciones reiteradas” (2012, p. 22). El conjunto de marchas acontecidas durante el 2011, las leemos como performances de protestas (Paredes, 2018), remarcando su alcance político en tanto actos públicos disruptivos que ponen en escena un desacuerdo con el orden transicional. Entonces, a través de los actos corporales situados, los estudiantes en cada marcha transmiten un sustrato cultural que alcanza los afectos, la identificación colectiva de actores y la memoria social e individual, favoreciendo el despliegue de un proceso de subjetivación política de carácter antagonico.

El proceso mediante el cual los seres humanos -en el marco de una subjetivación antagonica se constituyen como sujetos- no puede pasar al margen del pasado y la memoria en tanto sustrato cultural. Este dota a los actores de ciertas maneras de pensar e interactuar en el mundo, no sólo para los sujetos individualizados, también para los actores colectivos de carácter político como son los movimientos sociales.

Por memoria colectiva nos referimos a aquellos marcos histórico-sociales dentro de los cuales las memorias individuales transcurren (Jelin, 2002). La memoria respecto a un evento específico y su recuerdo se desarrolla en el marco de construcción en conjunto con otros/as, bajo condiciones distintas y con niveles diferenciales de influencia. En este sentido, el carácter colectivo de la memoria determina la manera en que eventos del pasado son recordados, relacionándolo a marcos normativos y emocionales que remiten a vivencias comunes de grupos determinados.

Para efectos de los movimientos sociales, y de lo sucedido el 2011 en particular, las memorias son claves en tanto configuran marcos comunes de entendimiento del pasado. De esta forma, la manera cómo se estructura la memoria colectiva depende de las luchas de poder que se dan en la sociedad, donde distintos grupos tienen mayor influencia que otros de acuerdo a los capitales con los cuales cuentan, estableciendo ciertas recolecciones respecto al pasado como hegemónicas y otras como pasivas o subversivas (Barbera, 2009; Jara, 2016). El término subversivo refiere acá al carácter antagonista que estas narrativas tienen respecto al pasado, pero quizás más importante que eso, a los marcos conceptuales que estas memorias brindan para la interpretación del presente. En esta lucha, los actores colectivos son claves, en tanto son quienes cuestionan los discursos oficiales, proponiendo interpretaciones y recolecciones alternativas (Kubal y Becerra, 2014).

Lo anterior implica revisar la forma en que se ha entendido la constitución de los sujetos políticos tradicionalmente, es decir, la relación entre socialización política y memoria colectiva en clave de militancia, a partir del compromiso político entre

actores y causas. Pudal (2011) realiza una síntesis de numerosos trabajos en el contexto Europeo, cuestionando la definición tradicional de militancia y revistando las formas de participación política, la construcción de los compromisos o las trayectorias militantes a través de variadas causas de movilización y en variados contextos. Pudal (2011) habla de configuraciones militantes⁵, las cuales se definen como “prácticas, valores, ideologías que constituyen un modo histórico específico de practicar la militancia” (Aiziczon, 2018, p.143).

En América Latina, en los últimos años, se han desarrollado diversos estudios que abordan la constitución de militantes en varias luchas sociales en el marco de las postdictaduras de la región, específicamente después de 1989, enfocándose en los actuales modelos de militancia política y la transformación de las subjetividades políticas (Svampa, 2010; Montero, 2015; Longa, 2016; Vásquez et.al., 2017). Maristella Svampa en su análisis de la gramática de las luchas en América Latina, aporta la noción de *ethos militante*, definiéndolo como “un conjunto de orientaciones políticas e ideológicas que se expresan a través de diferentes modelos de militancia, tales como el militante territorial, el activista cultural y, de manera más reciente, el activista medioambiental” (2010, p.41). Señala la socióloga argentina, que en la década del 90’ se dejarían atrás las formas de configuración subjetiva del militante de izquierda tradicional partidaria, puesto que la nueva matriz “se nutre del fracaso general de las izquierdas tradicionales (por ello cobra relevancia la definición por oposición respecto de otras tradiciones de izquierda, principalmente la izquierda partidaria), así como de los procesos de desinstitucionalización de las sociedades contemporáneas” (Svampa, 2008, p. 8).

De esta manera, tanto la noción de configuración militante (Pudal, 2011; Aiziczon, 2018) y *ethos militante* (Svampa, 2010; Longa, 2016), se asumen como herramientas para el estudio y/o problematización de la configuración de los compromisos políticos en los movimientos sociales -en este caso del movimiento estudiantil chileno post 2011- ya que dicha noción nos permite cierta amplitud analítica al comprender que “la realización del compromiso político en el sujeto constituye su relación con lo real y con la verdad en el sentido de un valor moral que compromete, a través del tiempo, bajo la forma de trayectoria, y que excede lo individual al ser objeto de aprendizajes, saberes y competencias en el seno de organizaciones” (Aiziczon, 2018, p. 153).

En el caso de Chile, a partir del ciclo de movilización estudiantil 2006-2011, el

⁵ Pudal (2011) identifica cuatro configuraciones militantes. La heroica, la retribuida, la distanciada y la transicional. Más detalles en Pudal (2011); Aiziczon (2018).

surgimiento de una subjetivación política antagónica responde a una multiplicidad de procesos que es necesario tener en cuenta para entender su complejidad. Este trabajo considera una perspectiva diacrónica/sincrónica, considerando aspectos históricos relacionados con la memoria de la dictadura, las características de las militancias, pero también las distintas formas de performance que se desplegaron durante el 2011 y con posterioridad a este movimiento. Antes de pasar al análisis de cada uno de estos puntos es necesario realizar una breve contextualización que permita entender bien la irrupción estudiantil del 2011.

ORDEN TRANSICIONAL, NEOLIBERALISMO Y EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DEL SIGLO XXI

La dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990) es probablemente el evento más significativo de la segunda mitad del siglo XX en Chile. Como señala Moulian (1997), durante este período donde se sientan las bases del orden económico, sociopolítico y cultural que rige al país hasta nuestros días. Esto fue posible gracias a una política de Estado tendiente a influir terror no sólo en la oposición política, sino que también en la población en general, cuya primera labor fue el intento- parcialmente logrado- por eliminar el tejido social existente y desarmar los avances democráticos en términos de participación política, previos a la dictadura (Bravo, 2017; Bastías, 2013; Paredes, 2011). Junto con ello, la dictadura impuso un modelo económico que ubica al Estado en un lugar subsidiario, bajo el argumento de la eficiencia en la generación y distribución de recursos que entrega el mercado. Es un modelo de orientación neoliberal que tiende hacia una creciente mercantilización de la vida social (Gárate, 2012; Undurraga, 2014). Lo anterior generó un proceso de fragmentación y atomización de la vida social, bajo el fomento de una racionalidad que privilegia al individuo y sus preferencias por sobre el interés público y el bien común.

Una racionalidad que tiene como principal rasgo un trabajo sobre los individuos, al fomentar “la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación” (Laval y Dardot, 2013, p.15). En Chile, la principal consecuencia de la implementación de la lógica neoliberal, y sus dispositivos, fue la configuración de una subjetividad acorde que se plasma en la figura del emprendedor, en tanto empresario de sí mismo (Larraín, 2001; Ramírez, 2017).

En educación, la modernización “neoliberal” significó un viraje de un sistema estatista y altamente centralizado hacia uno mixto, dominado por el mercado y su

lógica (Atria, 2014). Las reformas del régimen militar introdujeron la libertad del mercado y la competencia en el ámbito educacional. Modelo que fue consolidado por los gobiernos democráticos, vía la inclusión de la banca mediante el crédito con aval del Estado (CAE) (Kremmerman y Páez, 2016), o la Ley General de Educación (LGE) que perfecciona el funcionamiento asegurando de paso su calidad (Cuevas y Paredes, 2018).

En términos de narrativa cultural, la transición Chilena se constituye como un proceso de olvido, blanqueamiento y consenso (Moulian, 1997). La élite política - por una parte forzada por los amarres constitucionales de la dictadura, pero también por propio convencimiento- promueve conscientemente un proceso de olvido respecto a la violencia de la dictadura, uno que permitió blanquear las violaciones a los derechos humanos en pos de la construcción de un “nuevo país”, comprometido con el desarrollo y el crecimiento. Para estos efectos, la operación clave es el consenso fijado como la única práctica política válida (Moulian, 1997). Este consenso se basa en establecer lo que Rodrigo Karmy (2018) llama “fábula transicional”, donde la dictadura y sus horrores son configurados como la consecuencia de la incapacidad de los/as chilenos/as de ponerse de acuerdo, forzando la llegada de Pinochet y su violencia. La transición, en este sentido, es el período en que las y los chilenos se encuentran nuevamente en pos de la construcción armoniosa del consenso social. Esta narrativa sirve como fábula, en tanto conmina a la sociedad en su conjunto a evitar el conflicto, el cual es directamente relacionado con el advenimiento de la violencia dictatorial, legitimando el consenso como única práctica política posible.

Este discurso oficial fuerza a las memorias de las víctimas de la dictadura al olvido, como parte de un pasado que es preferible no recordar (Richard, 1998). Entonces, el recuerdo de la dictadura transita en un contexto de conflicto y en constante evolución, lo que Illanes (2002) ha caracterizado como “*batalla por la memoria*” donde la tendencia hacia el olvido impuesta por el orden transicional se enfrenta a memorias colectivas e individuales, las cuales disputan tanto la interpretación oficial del pasado como la tendencia al olvido impuesto por el orden transicional (Stern, 2004).

En este contexto, el movimiento estudiantil de postdictadura se configura como una “*anomalía social de la transición*” (Thielemann, 2016). En efecto, en un contexto de atomización y desmovilización generalizada que caracterizaron la transición, los estudiantes desarrollan una política contenciosa frente a la privatización de la educación. Esta política se despliega a partir de una subjetividad política que combina tanto la memoria colectiva de las luchas contra la dictadura como los desafíos particulares de la transición neoliberal en Chile. A partir de diferentes ciclos de protesta y a lo largo de distintas generaciones, tanto estudiantes universitarios como

secundarios se han articulado para enfrentar la neoliberalización de la educación, criticando tanto su carácter mercantil como sus orígenes dictatoriales.

Esta subjetividad se desplegó en distintas prácticas a lo largo de la primera década post-dictatorial (Muñoz-Tamayo, 2011). Sin embargo, no es hasta la llegada del movimiento estudiantil del siglo XXI donde se realiza una articulación entre la memoria colectiva de la lucha contra la dictadura y el desarrollo de prácticas militantes novedosas, desarrollando así compromisos políticos de carácter híbrido (Thielemann, 2016).

El movimiento estudiantil del siglo XXI nace en las aulas de la educación secundaria, donde estudiantes politizados empiezan a organizarse en colectivos tanto políticos como culturales, recomponiendo las conexiones entre lo político y lo social (Donoso, 2014). Esta generación es la que lidera las dos movilizaciones más importantes desde el fin de la dictadura: la revolución pingüina de 2006 y el movimiento universitario 2011. La evolución y aprendizaje de su militancia entre ambos ciclos de protesta es crucial, en tanto el 2006 se constituye como el referente para las demandas del 2011 (Figueroa, 2013).

Un aspecto fundamental del proceso es el sentimiento de profunda desconfianza respecto de la élite política. Esta convicción nace a partir de la solución que se le da al conflicto 2006, donde la derogación de la Ley Orgánica Constitucional del Estado (LOCE) -principal demanda del movimiento- y su reemplazo por la Ley General de Educación (LGE), se llevó a cabo a partir de un Consejo Asesor de Educación, donde la élite política aseguró que estos cambios no alterarían de manera significativa el carácter mercantil de la educación (Figueroa, 2013; Reyes y Vallejos, 2013). Esto fue percibido como una traición por gran parte de los estudiantes movilizados, quienes habían depuesto las tomas en el entendido de que el Consejo les permitiría al menos avanzar en la construcción de una educación pública ajena a las lógicas del mercado (Donoso, 2013). En este sentido, el 2011 se transformó en un movimiento que no apuntaba a la derogación de una ley en específico, sino que a la transformación del sistema en su conjunto. En último término, el 2011 se transformó en una disputa hegemónica, buscando mover el marco de posibilidades de lo que se podía hacer en política pública en educación (Figueroa, 2013; Donoso 2014).

PERFORMANCES DE PROTESTA Y SUBJETIVACIÓN POLÍTICA.

El 12 de mayo del año 2011, se realiza la primera marcha convocada por la CONFECH para cuestionar el modelo educacional heredado de la dictadura, que la entiende como bien de consumo antes que un derecho social, generando un efecto

de desvalorización de lo público y sus instituciones, en comparación a lo privado. Durante casi todo el año académico 2011, Chile fue testigo de un espacio público vivo, donde la calle deslumbraba por su colorido y sus diversas expresiones colectivas, su sonoridad y por estar atiborrada de gente. Al punto que se habló de “la primavera de Chile”, en analogía al mundo Árabe, o de “revolución estudiantil”⁶. Durante ese año se realizaron en Santiago 14 marchas estudiantiles oficiales, convocadas por alguna organización estudiantil, universitaria (CONFECH) o secundaria (CONES y ACES), que contaban con el permiso de la autoridad para su realización. Esto nos permite caracterizar el año 2011 como un “momento manifestante” (Filleule y Tartakowsky, 2015), periodo de carácter contencioso en que las formas públicas de protesta y manifestación prevalecen por sobre otras formas de lucha, como las judiciales o electorales.

El trayecto privilegiado por las marchas fue por la Alameda, desde Plaza Italia a Plaza los Héroes, mientras que otros destinos frecuentes para su finalización fueron el Parque Almagro y Beauchef. El eje Alameda fue el foco de la movilización del 2011, lo que ya tiene un sustrato de memoria muy fuerte por el último mensaje en vida del ex Presidente Allende, que señalaba a la ciudadanía:

“Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes Alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor” (Allende, 1973).

Las marchas del 2011, al ponerse en escena constituyen su propia temporalidad y distribución espacial, en una suerte de ensamblaje particular (Filleule y Tartakowsky, 2015). Ellas están compuestas por una variedad de actuaciones diferenciadas (bailes, batucadas, dramatizaciones, acciones confrontacionales, entre otros), promovidos por grupos y colectividades heterogéneas (estudiantes universitarios, secundarios, de colectivos, de partidos, de confederaciones, etc), que permiten su configuración singular. La marcha se estructura en la articulación de actores, actuaciones y momentos diferenciados pero interconectados, que dan la sensación pública de “evento total” en su ejecución (Filleule y Tartakowsky, 2015).

Las marchas ese año implicaron momentos de repetición y solemnidad (caminar hacia un destino fijado con la finalidad de hacer visible una causa), como momentos fugaces y creativos que no constituyen norma. Es así como las performances tienen

⁶ <https://radio.uchile.cl/2011/09/20/la-revolucion-en-el-chile-del-2011-y-el-movimiento-social-por-la-educacion/>

elementos que al ser repetitivos en el transcurso del tiempo se ritualizan, en el sentido de procesión y conmemoración (Taylor, 2012), pero que en su despliegue situacional incluye acciones innovadoras que desbordan la imagen ritualista, agregando nuevos componentes como las dramatizaciones, batucadas y bailes, que dotaron a las marchas de un cariz carnavalesco (Fernández, 2013). Ellas fueron una realización ritual en el proceso general de movilización, sostenida por actuaciones copresenciales y coparticipativas que posibilitaron el “*estar juntos*” y permitieron fijar un foco de atención común en la demanda por la educación pública, independiente exista un manejo de la información total de la situación o de las implicaciones de la demanda entre todos los participantes.

La marcha opera principalmente por fuerza de la efervescencia emocional (Collins, 2009), antes que racional, producida por el actuar juntos y que articula actores, colectivos e individuales, que comparten cánticos, bailes, gritos, escenificaciones en situaciones simbólicamente densas, sostenidas por una serie de movimientos corporales que operan por contagio (Taylor, 2013; Butler, 2012). Tal operar en conjunto conforma un entramado de efervescencia colectiva y un momento de energía emocional movilizadora en la acción conjunta (Collins, 2009). Las marchas del 2011 fueron eso y más, ya que produjo un “ritual creativo” en su acontecer, donde la emocionalidad colectiva y foco de atención común configuran un “cuerpo colectivo” entre tanta heterogeneidad de organizaciones, agrupaciones e individuos presentes en las marchas, proyectando una imagen pública y común (Paredes, 2018). También destacan por sus recursos visuales, no sólo lienzos y pancartas, también cuerpos pintados, escenificaciones diversas, batucadas, tambores, grupos de bailes. Por último, la gran variedad de recursos auditivos como cánticos, gritos y consignas destacan también durante el proceso, presentado un matiz sobre los elementos performáticos al introducir el uso del lenguaje y la comunicación que introduce el recurso a la memoria de las luchas pasadas. Constituyen estos recursos, los performativos asociados al lenguaje y los performáticos asociados a la actuación (Taylor, 2012), una forma contenciosa de manifestación que dan a la marcha su segunda propiedad: como fuente de producción de significados comunes, agente de significación, como lo expresan las consignas de “Fin al lucro” y la causa de “Educación pública gratuita y de calidad” (Durán, 2012; Paredes, 2015).

“*Somos caleta/más que la chucha/somos estudiantes/ unidos en la lucha*” cantan en cada una de las marchas. Esos mismos estudiantes están en la calle luchando e invitan a otros a sumarse a la causa: “*vamos compañero, hay que poner un poco más de empeño/salimos a la calle nuevamente, la educación chilena/ no se vende, ¡se defiende!*”. Tales cánticos van prefigurando un modo de subjetivación politizado en la lucha por

una educación como derecho social garantizado por el Estado.

¿De quién se defiende la educación? De la clase política transversalmente, “*Alianza, Alianza y la Concertación/ son quiénes lucran con la educación*” nos dicen los estudiantes. También de los empresarios de la educación, de los medios de comunicación tradicionales y la élite en general. Particularmente, son los gobiernos por su responsabilidad política en el destino de la educación en la postdictadura, el actor que se ve interpelado por las performances y cánticos estudiantiles. “*La educación es un derecho/ para el gobierno un privilegio*”, señala un cántico común en las marchas y que define las posiciones y lugares de cada una de las partes, definiendo una relación antagónica, que se teje entre el actor estudiantil versus la clase política y el gobierno. Para los estudiantes que luchan la educación es un derecho que debe defenderse, para el gobierno un privilegio que puede venderse, definiendo una relación antagónica.

De forma tal que toda performance se articula al ritmo de su propia emocionalidad y su producción significativa común. Con la idea de ritual creativo, la marcha se entiende como un *acto de protesta público y contencioso* que implica el desplazamiento colectivo en la calle y que da la señal de conformar, en la comunión de los manifestantes, un cuerpo unitario. Así se genera públicamente una presencia colectiva que antes no estaba.

Las protestas del 2011, en tanto un laboratorio de movilización, en tanto momento de lucha social que derivó en un proceso de politización que tuvo como efecto, entre otros, una “nueva” forma de subjetivación política (estudiantes en la lucha). Sin embargo, matizando la tesis de la novedad, nos preguntamos: ¿qué tan novedosa es la “nueva subjetivación política”?; ¿puede reducirse todo el espectro de compromisos políticos a este tipo de subjetividad?; ¿qué lugar le cabe a la memoria colectiva y al compromiso militante en su configuración?

POSTMEMORIA: INTERPRETANDO LA VIOLENCIA DE LA DICTADURA

Deleuze define la relación entre memoria y subjetivación de la siguiente manera: “*Sería sin duda que el verdadero nombre de la subjetivación es ‘memoria’*” (2015, p. 140). Esta afirmación ejemplifica la relevancia que la memoria tiene en el desarrollo de la subjetivación política. Si entendemos la subjetivación política como la construcción de un sujeto en clave política, entonces la interpretación que este y su colectivo tiene respecto a los eventos de su pasado y cómo estos eventos moldean su persona son aspectos clave.

Una de las características más mencionadas de la generación que comandó el ciclo

de protesta 2006-2011 es que, a diferencia de generaciones estudiantiles anteriores, éstos fueron la primera generación que no vivió de manera directa la violencia de la dictadura (Reyes y Vallejo, 2013). Esta distancia, supuestamente, les permitiría un mayor nivel de libertad respecto a las consecuencias psíquicas que la violencia de la dictadura impuso a la población (Barbera, 2009). Lo que las entrevistas apuntan, es al desarrollo de una interpretación distinta de la violencia dictatorial a partir de una postmemoria que cuestiona la fábula transicional (Karmy-Bolton, 2018) para dar paso a una perspectiva crítica respecto al devenir de la democracia y su relación con la dictadura.

Postmemoria corresponde a la relación emocional que individuos generan respecto a eventos en el pasado que no fueron parte. Este término surge a partir de la investigación de relatos de descendientes de víctimas del holocausto, quienes a pesar de haber nacido gran parte de ellos muchos años posterior a estos eventos, tienen una conexión emocional con estos eventos que marca sus vidas (Hirsch, 2008). Esta conexión se expresa en vívidas memorias respecto al holocausto, las cuales forman parte de sus recuerdos personales.

Las entrevistas a activistas del movimiento estudiantil demuestran que para ellos, la violencia vivida por sus familias en dictadura tiene un lugar significativo en su subjetividad. En algunos casos, este interés se enfrenta a un silencio autoimpuesto por las familias, quienes evitan de manera directa referirse a estas temáticas. Como lo relata Laura, una de las entrevistadas cuya madre fue encarcelada en dictadura.

“Hay muchas cosas que yo me enteré... por ejemplo que mi Mamá estuvo presa y todo de puro copuchenta, de escuchar tras las puertas, de quedarme hasta tarde, de cachar que mis Papás se quedaban hablando y yo me quedaba escuchando, porque nunca fue un tema muy abierto de conversación” (Laura, militante, Universidad Privada).

Para algunas de las familias de los activistas, la imposición de la fábula transicional transformó sus vivencias de violencia en relatos incómodos, que inquietaban el consenso de la democracia. Paradójicamente, este silencio tuvo un efecto contrario, en tanto impulsó a Laura a interesarse más por las vivencias de sus padres, llegando al punto de elaborar estrategias para escuchar sus relatos sin que sus padres se dieran cuenta. Esto se produce justamente por el carácter comunicativo del silencio (Brockhaus, 2012), en tanto estrategia para ocultar el pasado, este termina despertando la curiosidad de Laura, quien hace lo posible para desentrañar los secretos familiares.

Para otras activistas, las vivencias de violencia de sus padres en dictadura son parte de una realidad constantemente discutida en el círculo familiar. Sin embargo,

hay diferencias de acuerdo al tipo de experiencias. El relato de Javiera ejemplifica la manera en que se dan estas diferencias en los relatos de sus padres:

(...) yo siempre he tenido como mayor facilidad de conversar con mi mamá, como ella siempre se ha abierto conmigo y me ha contado todo lo que o sea no todo, supongo que no todo, pero siempre ella fue muy abierta a hablar conmigo los temas de las acciones que llevaban a cabo y todo, mi papá no mucho, de hecho hace muy poco recién estamos como como empezando a hablar el tema, como el empezándome a contar todo lo que vivió cachay, como fue su vuelta a Chile, el tema de mi tía que estaba en el MIR de mi tío que fue detenido desaparecido cachay. Como que siempre ha estado un poco calla' esa parte, pero es porque claro, no es que no quiera hablarlo, a mi papá le cuesta mucho, de hecho quiere hablarlo, pero tiene como una cuestión muy reprimida que no puede, entonces cuesta como sacarle y te empezay a contar, pero es como un trabajo que se está haciendo ahora, como hace dos años que se recién empezamos a hablar del tema y que él me ha empezado a contar y todo (Javiera, militante, Universidad Privada).

En el caso de Javiera, las experiencias familiares relacionadas con la violencia de dictadura son discutidas de manera más abierta. Con excepción de su padre, quien fue torturado, y todavía le es difícil hablar respecto a sus experiencias en dicho período. Sin embargo, esto cambia con la llegada de eventos de conmemoración. Tanto en el caso de Laura, como de Javiera, la conmemoración de los 40 años del Golpe de Estado en 2013 tuvo un impacto significativo en las memorias de los padres, quienes empezaron a compartir sus memorias con sus hijos/as.

“(...) la conmemoración de los 40 años fue un tema ultra... como masivo, y emotivo, en general pasaban programas por la tele, y yo ya no vivía con mis Papás, vivía en Miguel Claro, entonces no se po, veía un programa y me acordaba de mi Mamá y la llamaba “Sí, yo también estoy viendo el mismo programa” y nos poníamos a llorar por teléfono, y fue así como una semana antes del 11. Y ese día yo fui a la casa de mis papás, porque fui para allá, y estábamos tomando once y ahí como que naturalmente se dio que Jorge empezó a contar, fue brígido, fue como... como tener a la historia viva en una persona, como todo lo que uno leyó, todo lo que ves en los programas, todo lo que discutiste con tus amigos, todo lo que investigaste, te lo está contando tu Papá en carne propia, y cómo fue su experiencia... heavy, cuático, super cuático. Y se dio también el espacio para que hiciéramos preguntas... como para ir profundizando en cosas que siempre quise saber, pero nunca me dijeron...” (Laura, militante, Universidad Privada).

Los/as activistas del movimiento estudiantil 2011 fueron parte de distintas fechas de conmemoración, que tuvieron un efecto significativo en la memoria colectiva de la dictadura en tanto abrió la posibilidad de duelo respecto al pasado (Jara, 2016). Como señala Wiewiorka (2014), los procesos de duelo son claves a la hora de la construcción de una subjetivación política, en tanto les permite a los activistas introducir el pasado en el presente y proyectarse en el futuro. En este sentido, estos procesos han permitido desarrollar un sentido de pertenencia respecto a la continuidad histórica del movimiento social del país, y al mismo tiempo, una identidad específica que los/as diferencia del pasado. En el caso de los activistas del movimiento estudiantil 2011 y posterior, esta identidad logra articular una postmemoria respecto de la dictadura la cual desafía la fábula transicional, estableciendo una línea de relación clara entre dictadura y democracia. Un ejemplo claro es el que ofrece el siguiente relato de Javiera. En él, Javiera revisa un documental que hizo su madre respecto de organizaciones de mujeres pobladoras en dictadura:

“es un documental que hizo mi mamá con mujeres pobladoras, no me acuerdo de qué población y que mostraba como toda la organización de las mujeres de la población en dictadura po cachay. Cómo se organizaban pa la olla común pa esconder a la gente cachay que llegaba, entonces cómo se organizaban pa ir escondiendo la gente como tenían las casas preparadas y todo cachay y que ese documental termina cuando gana el “No”, entonces era súper brígido porque me acuerdo como patente el discurso final que es de una de las mujeres que era como una de las como líderes en el fondo de la pobla diciendo como “al final como mujeres cachay hemos logrado vamos a lograr la libertad total cachay tanto como de la dictadura como de la misma mujer cachay” entonces tú lo ve’ ahora, (...) y claro yo lo vi ahora y fue te deja con un no sé, con una impotencia gigante cachay, es como puta de verdad ellas tenían como toda una esperanza con esto, que había ganado el no que no sé qué y si lo pensay ahora sigue exactamente en las mismas cachay, entonces si ese es como uno de los que más me ha marcado (Javiera, militante, Universidad Privada)

La última cita ejemplifica claramente una postmemoria de la dictadura que expone una perspectiva crítica del pasado. El carácter subversivo de este relato descansa en tanto desafía la fábula de la transición, desmitificando el rol pacificador de la democracia y lo relaciona directamente con la dictadura. En este sentido, a diferencia del relato oficial que se focaliza en la culpa por dictadura, Javiera dirige su impotencia a las promesas incumplidas de la democracia, personalizado en el discurso de la dirigente pobladora. Una perspectiva de estas características da cuenta de una

subjetivación política que es capaz de integrar el pasado en el presente, proyectando una identidad antagonista que cuestiona los marcos discursivos de la transición del país.

A partir de tales relatos, en el que el peso de la memoria colectiva de la lucha contra la dictadura es constituyente de la actual politización estudiantil, lo que hace preguntarse por las transformaciones de los compromisos políticos que configuran las militancias actuales a partir de este marco. ¿Tendrá alguna relevancia el compromiso político de izquierda en la configuración de la “nueva” subjetivación política antagonista?

SUBJETIVACIÓN POLÍTICA Y COMPROMISOS POLÍTICOS EN LA LUCHA POR LA EDUCACIÓN

Como se señaló anteriormente, la explosión del movimiento estudiantil del 2011, a través de sus performances de protestas y sus demandas de “fin al lucro en la educación” y “educación gratuita y de calidad” produjo una politización del espacio estudiantil, que se extendió a la sociedad en general (Durán, 2012; Paredes, 2015; PNUD, 2015). En un contexto caracterizado por la crisis de la confianza en las instituciones de representación política, especialmente en el mundo estudiantil después del 2006. Este escenario permite la dinamización del espacio político estudiantil en primera instancia, por las “nuevas” formas de organización y participación política al interior de los liceos y colegios durante el año 2006; y en segunda instancia, por la visibilización del surgimiento y/o transformación de colectivos y organizaciones políticas que se posicionan a la izquierda de las Juventudes Comunistas y a las Juventudes de la ex Concertación que representan la política tradicional.

A partir de lo anterior, el movimiento estudiantil chileno post 2011 se configuró a partir de organizaciones y colectivos políticos universitarios heterogéneos, muchos de ellos de izquierda, los que disputaban el direccionamiento de la lucha estudiantil, su conformación distinguía tres bloques: uno de izquierda que representa la política tradicional reflejado en las Juventudes del Partido Comunista (JJ.CC); un segundo bloque, era conformado por grupos que con anterioridad del 2011 se encontraban a la izquierda de las JJ.CC, y que entre los años 2012-2015, se le denominó Bloque de Conducción, que aglutina organizaciones como Izquierda Autónoma (IA), Unión Nacional Estudiantil (UNE) y Frente de Estudiantes Libertarios (FEL); por último, un tercer bloque que, durante los años 2013-2016, logró tener mayor visibilidad pública, y que agrupa a organizaciones que se autodefinen como “izquierda revolucionaria”, con organizaciones como Juventud Guevarista (JG), Juventud Rebelde (JR), Somos

Izquierda Revolucionaria, Fuerza Universitaria Rebelde (FUR) junto con otras organizaciones/colectivos de índole más pequeñas y locales -en cuanto al espacio universitario- como el Vamos Construyendo o el colectivo Nosotros, entre otras.

Este último grupo, más cercano al militante heroico (Pudal, 2011), en el contexto político post 2011, marcado por compromisos políticos flexibles, ya sea por la novedad de la performance de protesta o la forma de participación horizontal fuera de sus propias organizaciones (características del *nuevo ethos militante*), da cuenta de subjetividades políticas que recuperan la historicidad y las memorias de luchas sociopolíticas del pasado. En ese sentido, la militancia si bien -en algunos casos- se vincula con las experiencias familiares, no implica necesariamente una acumulación de capital político familiar que permita delimitar unas trayectorias definidas, puesto que existen sujetos que conforman su compromiso militante desde otras alternativas de socialización política. Por ejemplo, Pedro nos relata su inicio en su compromiso con la participación política militante

(...) yo escuchaba punk, íbamos a las tocatas, era anarco, ehh...me gustaba harto bacilar, ehh después llegó el 2011 -ahí seguía siendo anarco- era casi anarco y me metí a hacer pega territorial en Cerro Navia, en unas colonia urbanas que estaban en Lo Herminda y después en otra población. Y ahí cuando me empecé a acercar al marxismo, bueno igual tengo experiencia familiar al respecto, mi papá y mi mamá fueron cercanos al PC en los 80's, mi viejo fue exiliado, entonces como que igual tradición como que hay en la familia (...) y ahí cuando uno después de ese año yo comencé a reflexionar un poco acerca de: "ya enserio es la wea que necesitamos, en serio tenemos que construir", y ahí como que uno se cuestiona, se da cuenta que el anarquismo igual se queda corto como a la hora de dar una respuesta política a las necesidades políticas que va teniendo la clase" (Pedro, militante, Universidad Estatal)

El entrevistado señala, a partir de su experiencia de lucha estudiantil 2011, la importancia de la tradición de izquierda y su relación en la construcción de clase para la actualidad, como alternativa política de cambio social. Remarca su consideración del marxismo como la única posibilidad de dar respuesta a los problemas y requerimientos de la sociedad. Destaca, además, ciertos momentos de tensión en su trayectoria entre aspectos contra-culturales, como el punk, que lo acerca por un periodo al anarquismo político. Tensión que será resuelta en su experiencia y trayectoria al tomar partido por el marxismo como orientación política.

La experiencia militante, que permite la composición de subjetivación de los compromisos políticos, también es construida a través de los encuentros

generacionales, provenientes de una matriz político-ideológica de los años 60', el claro ejemplo ha sido la influencia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que, a pesar de sus tantas fragmentaciones, ha logrado mantener presencia en espacios micropolíticos de colectivos y agrupaciones pequeñas.

“(...) militábamos en otra organización muy pequeña, ehmmm que no era abierta cachaí, mmmm también obviamente recogía de matriz mirista, una de las tantas esquirlas del MIR cachaí pa acá, y ahí nos fogueamos po, (...) No hacíamos un trabajo político-social, sino que estábamos enfocados en construir partido (...) ahí claro aprendimos bastante de lo que es la disciplina, la rigurosidad, aprendimos bastante en términos de... de aspectos de seguridad cachaí con las antiguas generaciones, aprendimos bastante ehhhh...nos fogueamos bastante en el tema de la acciones audaces y acciones significativas” (Juan, militante, Universidad Tradicional)

Siguiendo al entrevistado, nos damos cuenta de la importancia del ejercicio de socialización política en la transmisión de experiencias militantes y de las memorias de las luchas políticas para la configuración de los compromisos políticos en el proceso de subjetivación. Desde estas se deduce que la idea de construir partido responde a la necesidad de reconstruir una izquierda política que permita disputar el poder, aunque se puedan utilizar estratégicamente diversos recursos, como las novedosas performances o dinámicas de horizontalidad en las tomas de decisiones en espacios abiertos, pues el peso histórico de los métodos de acción política siguen vigentes en este tipo subjetividad política. Se observa desde el entrevistado que su compromiso militante se asocia a las formas partidistas clásicas de la izquierda chilena, más que a su reemplazo por las formas de un compromiso más flexible.

Por su parte, si se sitúa el objetivo del compromiso político en la construcción de sujeto de clase y su formación de conciencia, nos encontramos con fuertes tensiones dentro de la militancia en el nuevo escenario. Esto se debe a varios factores: primero, porque la militancia no puede entenderse como una práctica de autosatisfacción y autocomplacencia individual; segundo, porque dentro del movimiento estudiantil, la militancia como decisión voluntaria de hacer un trabajo político profesional, requiere de disciplina y la subordinación de la individualidad para efectos de la colectividad. En este último punto es donde se genera una inflexión dentro del movimiento estudiantil derivado del 2011, que si bien la militancia ha sido revalorizada, en tanto elemento histórico y político significativo en las luchas sociales, no necesariamente nace desde una conciencia de clase. La centralidad del componente de clase y su consciencia es un punto que diferencia, en el marco de la revitalización de la militancia por el

proceso de subjetivación política post 2011, las formas de compromiso militante.

“(…) yo creo que es muy complejo en términos cuantitativos poder hablar de conciencia de clase más allá de la militancia, (…) por ejemplo, los cabros acá en la universidad po, osea que ellos se reconocen que vienen de la pobla, o que son pueblo, pero producto de la enajenación cachaí y de las mismas lógicas en el fondo hegemónicas no son capaces de hacer simples síntesis de esas weás y poder relacionarlas con otros luchas o poder entender que el contexto en el fondo no es solamente por pagar menos en la universidad, sino también está enmarcado dentro de la lucha de clases así que eso yo creo que es fruto de la discusión colectiva y del trabajo en el fondo orgánico (…) (Claudio, militante, Universidad Privada)

De acuerdo a este relato, nos encontramos entonces, con que dentro del espacio estudiantil, la militancia asume distintos niveles de complejidad, que dependen de las estrategias y tácticas políticas de las organizaciones que se encuentran inmersas en él y cómo éstas logran hacer frente a las consecuencias subjetivas que el neoliberalismo ha producido en la vida cotidiana de las personas. De lo anterior se derivan algunas consecuencias para la configuración de compromisos políticos en el actual contexto que permitan redefinir qué se entiende por militancia.

En primer lugar, siguiendo los relatos, existe la necesidad de crear partido como herramienta política, con la finalidad de re-construir una izquierda política destruida por la dictadura chilena. Por ende, intenta generar procesos de subjetivación política asociados a los relatos relacionados con la tradición de la izquierda que permitan posicionar la necesidad de disputar el poder de Estado. Estos planteamientos utilizan una semántica que descansa en conceptos como lucha de clases, revolución o la centralidad del rol de los trabajadores en el sistema productivo. Por ello, muchos militantes que pertenecen a este tipo de organizaciones se han restado de la nueva fuerza política derivada en parte de la experiencia del movimiento estudiantil post 2011: el Frente Amplio (FA).

Lo anterior, deriva en ciertas problemáticas en la militancia universitaria de izquierdas. De acuerdo a la entrevistada, la militancia política ha sido reducida a un nivel de convicción individual que entiende la participación de manera restrictiva y exclusiva a los miembros de las organizaciones. Esto tensiona el objetivo de superar la fragmentación, puesto que no se considera la necesidad de utilizar la participación -entendida de manera extensiva- como mecanismo de reclutamiento militante. El resultado es paradójico para el contexto actual, donde existen novedosas formas de manifestaciones y protestas de carácter cultural, pero la política sigue siendo discutida

por quienes poseen una supremacía moral dada por el convencimiento de los valores y creencias políticas que constituyen su compromiso militante tradicional. Como lo expresa el relato

“lo fundamental ahí que nosotros hemos identificado es que la política universitaria, tal como se plantea en la universidad [nombra la universidad en que participa] en particular, tiene un montón de vicios, (...) eso ha derivado en que por ejemplo la participación no sea una necesidad, no sea un fundamento de cualquier proceso cachay, la participación de todos, (...) por ejemplo en [nombra la universidad] no sé po se arma una discusión, no sé por ejemplo ahora hay que tomar una definición de la reforma educacional del gobierno cachay, y se baja la discusión a las asambleas, se discute, pero quiénes discuten? son los mismos militantes que ya están participando, que ya tienen cierto bagaje, cierto manejo, y pa nosotros eso debiese ser distinto, (...) es necesario también que asuma la necesidad de sumar a más gente, porque la izquierda hoy día es muy marginal y más aún la izquierda revolucionaria (...)” (Violeta, militante, Universidad Estatal)

Por otro lado, expande su crítica a la reducción de la participación en los debates de la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH) sobre la dirección del movimiento, no permitiendo la ampliación de la participación política. Ampliación que involucra incorporar elementos del ‘nuevo’ ethos militante (Svampa, 2010; Longa, 2016) en la configuración del compromiso político de estudiantes y que se expresa en mecanismos participativos en la toma de decisiones, como la asamblea, entendida como un espacio de discusión abierto en que no solo participan los militantes convencidos, sino todo aquel que voluntariamente quiera discutir sobre el proceso político vivenciado.

No incluir nuevos elementos para la configuración de compromisos políticos (como la ampliación en la participación y el reclutamiento), la militancia de izquierda estudiantil se autoinflinge un daño político, reforzando su atomización.

“...a ellos les interesa sacar la síntesis de su postura, que eso quede en acta, que eso se lleve al CONFECH(...) , pero no hay una preocupación realmente por construir conciencia, por construir capacidad organizativa en cada espacio (...) como que la organizaciones políticas de la universidad [nombra la universidad] todavía no se entienden en la necesidad de asumir con mayor seriedad, con mayor contundencia la tarea de construir (...) una izquierda sólida, preparada, contundente, más grande lo que es hoy día, muchas veces sentimos que existe un conformismo de los convencidos de siempre po cachay, basta con los

convencidos y con ellos vamos, démosle y avancemos, cuando en verdad falta sumar a mucha gente todavía, hoy día somos demasiado pequeño pal enemigo que tenemos, entonces por ser pa nosotros una tarea fundamental es hacer crecer a la izquierda revolucionaria, hacer crecer la izquierda en general, pero sobre todo a la izquierda revolucionaria. (Violeta, militante, Universidad Estatal)

De esta manera las organizaciones políticas estudiantiles configuradas a partir de compromisos políticos y militancias más clásicas, no sólo entran en conflicto entre ellas, también tienden a tensionarse con organizaciones que poseen compromisos más laxos y flexibles, que en determinadas ocasiones tienen la forma de mesas coordinadoras y/o plataformas político-estudiantiles, entre otras. Como lo señala Raquel

“como a mitad de segundo año, era la secretaria política de la base que había en la U de la Jota, y aparte era la representante de segundo año en la mesa coordinadora de sociología, porque no teníamos centro de estudiantes ese año, entonces se armó una mesa coordinadora que estaba conformada por representantes de todos los cursos (...)nos tomamos la U, como en Junio 2008(...) entonces la orden fue: no se tomen la U, y ustedes como Jota como que traten de llevarlo por otro lado, de que la toma no sea necesaria (...) Pero como yo era la representante de curso y aparte una persona independiente, dije –no me puedo quedar fuera de esta wea” (Raquel, militante posteriormente independiente, Universidad Privada).

De esta forma, es posible ver tensiones entre una militancia de carácter laxo con las estructuras militantes antiguas. Los compromisos más flexibles se reflejan en las instancias organizativas de tipo horizontal, donde la asamblea asume una centralidad práctica para la toma de decisiones, vista por los participantes como “una refundación de la política y una profundización de sus contenidos democráticos” (Alimonda en Longa, 2016, p.59).

Los relatos presentados muestran distintas características de los compromisos políticos de jóvenes militantes de organizaciones de izquierda, los que -sumados a la literatura- aportan a la problematización respecto a la configuración de la militancia actual. Coincidimos con algunos autores que estamos frente a la configuración de un militante transicional (Pudal, 2011; Aiziczon, 2018), entendida como “una reconfiguración, en la que se acumulan los logros y hallazgos de las configuraciones anteriores” (Pudal, 2011, p.32). Por otro lado, el contexto de las movilizaciones del 2011 nos permite reconocer algunos elementos de importancia para el estudio de los

compromisos políticos estudiantiles, y en consecuencia para la militancia. Entre ellos el aumento de la participación estudiantil en la movilización vía protesta (Paredes, 2018), la revalorización de la militancia política para la organización (Araya, 2017), o el ejercicio de la democracia directa en el espacio del movimiento estudiantil. De esta manera se propone, a modo de hipótesis de trabajo, que la configuración de la militancia actual en el espacio universitario presenta no solo tipos de compromisos viejos y nuevos, sino que emergen también compromisos políticos híbridos.

Tal compromiso híbrido -que da paso a la configuración de ethos militante híbrido- se caracteriza por combinar, no de manera definida, unívoca, homogénea, ni mecánica, aspectos históricos de una izquierda tradicional y elementos novedosos del momento político actual. Esta hibridez se sostiene en el inusitado ciclo de protestas reciente, pero más aún en formas de socialización política con peso histórico, como la transmisión de las experiencias de militancias y las memorias de las luchas sociopolíticas del pasado. Por ende, reconoce que las formas de compromiso militante partidista no rechazan del todo la inclusión de una lógica más horizontal como forma de participación y herramienta para la toma de decisiones.

Proponemos, entonces, la etiqueta de “hibridez militante” para señalar lo que caracterizaría un tipo de compromiso político distintivo del actual ciclo, que se estaría configurando entre los límites de la tradición y de la emergencia. Tal configuración híbrida no puede reducirse al puro pasado, pero tampoco a la mera novedad.

Dicha hibridez militante apunta sus esfuerzos en la construcción de una izquierda distanciada de la forma de hacer política bajo la lógica del consenso y que rechaza las políticas de olvido, pero intenta establecer un vínculo político con el presente. Todo esto, como secuelas de la subjetivación política derivada de la apertura del nuevo ciclo político que dejó en evidencia la irrupción del movimiento estudiantil del 2011.

CONCLUSIONES PRELIMINARES

El escrito, a partir del contexto de politización propiciado por la emergencia estudiantil del 2011, destacó que una de las secuelas del proceso es la configuración de una subjetivación política de carácter antagonica. Dicha subjetivación política descansa en el conjunto de performances de protestas y marchas realizadas durante la lucha callejera del 2011 (momento manifestante), lo que brinda un hálito de novedad y originalidad a su constitución. Sin embargo, desde nuestra óptica, tal subjetivación política no puede reducirse al resplandor de su novedad.

Al contrario, se problematizó su carácter novedoso al rescatar los componentes

de historicidad presentes en la configuración de compromisos políticos de jóvenes, militantes y adherentes a organizaciones de izquierda, que están dentro del movimiento estudiantil. Se recurrió a las claves de la “postmemoria” y de “compromiso político” para ahondar en la configuración de la subjetivación política antagonista, cuestionando el diagnóstico de la novedad presente en la literatura.

La memoria de las luchas contra la dictadura militar es constitutiva de algunas configuraciones subjetivas asociadas al 2011, adquiriendo centralidad los testimonios presentados, lo que asociamos a ciertas modalidades de compromiso de los sujetos con la causa estudiantil sustentada en la historicidad de las luchas por la democracia. Tal centralidad de la memoria viene a matizar la idea de la subjetividad completamente nueva, permitiéndonos preguntar por la relación entre subjetivación política y militancia en los contextos de movilización actual. La literatura señalaba la dicotomización del campo entre las alternativas de un ethos tradicional y un nuevo ethos militante, caracterizados por lógicas, semánticas, prácticas y compromisos diferenciados. Este acercamiento permite señalar a lo menos la existencia de tres tipos de configuraciones.

En segundo lugar, los relatos permiten encontrar relaciones entre distintos tipos de compromisos políticos, es por ello que se propuso el concepto de hibridez militante para caracterizar el tipo de subjetivación política antagonista a partir del 2011, que no puede reducirse a la pureza del militante heroico, digno de un ethos tradicional, ni a los compromisos flexibles que configuran la noción de militante distanciado (nuevo ethos militante). Al contrario, la hibridez militante señala las dificultades e intentos de un tipo de subjetivación política que trata de combinar en su configuración elementos del ethos tradicional con elementos del nuevo ethos militante, para enfrentar las complejidades asociadas al contexto político actual.

Si bien el proceso de subjetivación política antagonista puede reconocer modalidades subjetivas que se asocian a diferentes figuras de la militancia (tradicional y novedosa), se considera que existe un tercer modo de subjetivación caracterizado por la hibridez. Este hallazgo invita a profundizar la hipótesis en futuras investigaciones empíricas por este derrotero, para calibrar las potencialidades que otorga esta figura para estudiar los tipos actuales de politización.

BIBLIOGRAFÍA

- Aiziczon, F. 2018. Configuraciones militantes contemporáneas. Una propuesta metodológica para pensar el compromiso político. En *De prácticas y discursos*, Vol. 7, N°9, pp.141-159
- Alexander, J. 2003. Cultural Pragmatics: Social Performance between Ritual and Strategy, *Sociological Theory*, Vol. 22, N° 4, pp. 527-573.
- Allende, S. (1973). *Últimas palabras. Elocuciones radiales durante el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973*. Marxists Internet Archive, 2001. Audio añadido y texto corregido en mayo de 2003. Extraído de <https://www.marxists.org/espanol/allende/1973/11-09-73.htm>
- Araya, C. (2017). Resurgimiento de las organizaciones estudiantiles de izquierda revolucionaria. Percepciones y autodefinición de los actores. En *Revista de Estudios Políticos y Estratégicos*, Vol. 2, N°5, pp. 80-112.
- Atria, F. (2014). *Derechos sociales y educación: un nuevo paradigma de lo público*. Ed. LOM, Santiago, Chile.
- Baeza, J. y Sandoval, M. (2009). Nuevas prácticas políticas en jóvenes de Chile: conocimientos acumulados 2000-2008. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* [online], Vol. 7, N°2, pp.1379-1403. <http://www.scielo.org.co/pdf/rlcs/v7n2s1/v7n2s1a09.pdf>
- Bastías, M. (2013). *Sociedad civil en dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. Ed. Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile.
- Barbera, R. (2009). Community Remembering: Fear and Memory in a Chilean Shantytown. *Latin American Perspectives*, Vol. 36, N°5, pp.72-88. <http://doi.org/10.1177/0094582X09341975>
- Bravo, V. (2017). *Piedras, barricadas y cacerolas. Las jornadas nacionales de protesta en Chile. 1983-1986*. Ed. Universidad Alberto Hurtado, Santiago. Chile.
- Brockhaus, G. (2012). The Emotional Legacy of the National Socialist Past in Post-war Germany. In A. Aleida y L. Shortt (Eds.), *Memory and Political Change* (First, pp. 34-49). New York: Palgrave Macmillan.
- Butler, J. 2012. La alianza de los cuerpos y la política en la calle. En *Debate Feminista*, 23 (46), pp. 91-113.
- Collins, R. 2009. *Cadenas rituales de interacción*. Ed. Anthropos, Barcelona.
- Cuevas, H., y Paredes, J. (2018). Esfera pública, actos de ciudadanía y arenas públicas: la redefinición de la educación y del espacio público por las protestas estudiantiles en Santiago (2011-2015). En Del Valle, N. (Ed.). *Transformaciones de la esfera pública en el Chile neoliberal. Luchas sociales, espacio público y pluralismo informativo*. Ed. RIL, Santiago, Chile.
- Deleuze, G. (2015). *La Subjetivación: Curso sobre Foucault*. Ed. Cactus, Barcelona, España.
- Donoso, S. (2014). *La Reconstrucción de La Acción Colectiva en el Chile Post- Transición: El Caso del Movimiento Estudiantil*. Documento de Trabajo CLACSO. Buenos Aires.
- Durán, C. (2012). El acontecimiento estudiantil y el viraje del proceso sociopolítico chileno. En *Observatorio Social de América Latina*, Año XIII, N°31, (Buenos Aires: CLACSO)
- Fernández, R. (2013). El espacio público en disputa: manifestaciones políticas, ciudad y ciudadanía en el Chile actual. En *Psicoperspectivas*, Vol. 12, N°2, pp. 28-37.
- Figueroa, F. (2013). *Llegamos para Quedarnos: Crónicas de la revuelta estudiantil (First)*. LOM Ediciones. Santiago.
- Fillieule, O., y Tartakowsky, D. 2015. *La manifestación. Cuando la acción colectiva se toma las calles*. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina.

- Fischer, K. (2009). The Influence of Neoliberals in Chile before, during, and after Pinochet. En P. mirowski, y D. Plehwe (Edits.), *The Road From Mont Pelérin. The making of Neoliberal Thought Collective* (págs. 305-346). Harvard University Press.
- Foucault, M. (1982). The Subject and Power. *Critical Inquiry*, 8(4), p.777. <http://doi.org/10.1086/448181>
- Gárate, M. 2012. *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*. Ed. Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile.
- Guzmán-Concha, C. (2014). *Explicando las movilizaciones estudiantiles de 2011. Una perspectiva desde la sociología política*. Artículo para ser presentado en el seminario Legitimidad y Acción Colectiva pp.1–32.
- Hirsch, M. (2008). The Generation of Postmemory. *Poetics Today*, Vol.29 (1), pp.103–128.
- Illanes, M. A. (2002). *Las Batallas de la Memoria: ensayos históricos de nuestro siglo: 1900-2000* (First). Santiago: Planeta.
- Jara, D. (2016). *Children and the Afterlife of State Violence: Memories of Dictatorship*. In M. Guadalupe Arenillas & J. Allen, Eds. (First). Palgrave Macmillan.
- Jelin, E. (2002). *Los Trabajos de la Memoria (Primera)*. Ed. Siglo XXI, Madrid, España.
- Karmy-Bolton, R. (2018). La Fábula de Chile. La Transitolgía como Raison D'état. *Revista Resonancias*, (4), 1–20.
- Kremerman, M. y Páez, A. (2016) *Endeudar para gobernar y mercantilizar. El caso del CAE*, Documentos de Trabajo del Área de Institucionalidad y Desarrollo. Santiago de Chile: Fundación SOL.
- Kubal, T., & Becerra, R. (2014). Social Movements and Collective Memory. *Sociology Compass*, 8(6), 865–875. <http://doi.org/10.1111/soc4.12166>
- Larraín, J. (2001). *La identidad chilena*. LOM Ediciones, Santiago, Chile.
- Lazzarato, M. (2006). *Políticas del Acontecimiento*. Edición Tinta Limón (Vol. 53). <http://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la Sociedad neoliberal*. Gedisa, Barcelona.
- Longa, F. (2016). Acerca del 'ethos militante'. Aportes conceptuales y metodológicos para su estudio en movimientos sociales contemporáneos. En *Argumentos: Revista de Crítica Social*, N° 18, pp. 45-73
- Mason, P. (2012). *Why It's still Kicking Off Everywhere?*. London.
- Mayol, A. (2012). *El derrumbe del modelo*. Ed. LOM, Santiago, Chile.
- Mayol, A., y Azócar, C. (2011). Politización del malestar, movilización social y transformación ideológica : el caso "Chile 2011". En *Revista Polis*, Vol.10, N°30, pp.163–184.
- Modonesi, M. (2008). Crisis hegemónica y movimientos antagonistas en América Latina. Una lectura gramsciana del cambio de época. En *A Contra Corriente*, Vol. 5, N°2, pp.115–140.
- Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*. Ed. CLACSO, Colección Perspectivas, Buenos Aires, Argentina <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20101108114944/modonessi.pdf>
- Montero, A. S. (2015). El joven militante y el viejo sabio. Relatos sobre el pasado reciente y ethos discursivo en Néstor Kirchner (Argentina, 2003-2007) y José Mujica (Uruguay, 2010- 2015). En *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, Vol. 24, N° 12, pp.120-137.
- Moulian, T. (1997). *Chile Actual: Anatomía de un mito*. Ed. LOM, Santiago, Chile.
- Muñoz Tamayo, V. (2011). *Generaciones: Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile - UNAM 1984-2006)*. Santiago: LOM Ediciones.

- Paredes, J. P. (2011). Ciudadanía, participación y democracia. Deuda y déficit en los 20 años de “democracia” en Chile, *Revista Polis*, 28(10), pp. 474-499
- Paredes, J. P. (2015). No les pidas más de lo que pueden dar, menos tampoco. Ya extienden lo posible. Notas sobre la politicidad y la politización de la movilización estudiantil 2011-2013. En Báez, F.; Cancino, L. y Paredes, J. P. (Eds.). *Acción colectiva y movimientos sociales: Disputas conceptuales y casos recientes*. Punta Ángeles/Universidad de Playa Ancha.
- Paredes, J.P. (2018). En la calle y sin permiso, yo me educo y organizo. La manifestación por la Educación Pública como forma de politización de la juventud chilena. En Torres, R. (Ed). *Juventud, espacios públicos y participación en Chile y América Latina*. Ed. RIL/Universidad Central, Santiago, Chile.
- PNUD. (2015). *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile 2015. Los tiempos de la politización*. <https://doi.org/10.1111/1467->
- Pudal, B. (2011). Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia. En *Revista de Sociología*, 25, pp. 17-35
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, (2015). *Desarrollo humano en Chile: Los tiempos de la politización*.
- Ramírez, S. (2017). Los derechos sociales como crítica del modelo neoliberal: antagonismos emergentes en el Chile Actual. En *Academia y Crítica* 1 (1), 32-55. DOI: <http://dx.doi.org/10.25074/07199147.1.572>
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.
- Ranciere, J. (2006). *El odio a la democracia*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- Reyes, C., y Vallejo, J. (2013). *Los Días que Avanzaron Años: El Movimiento Estudiantil 2011 desde la Perspectiva de sus Dirigentes*. Ed. Ceibo, Santiago, Chile.
- Richard, N. (1998). *Residuos y Metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*. Editorial Cuarto Propio.
- Ruiz, C. (2015). *De nuevo la sociedad*. LOM Ediciones, Santiago, Chile.
- Ruiz, C., y Boccardo, G. (2014). *Los Chilenos Bajo el Neoliberalismo: Clases y Conflicto Social*. Ed. El Desconcierto y Fundación Nodo XXI, Santiago, Chile.
- Salazar, G. (2012). *Movimientos Sociales en Chile*. Ed. Uqbar, Santiago, Chile.
- Segovia, C., y Gamboa, R. (2012). Chile el año que salimos a la calle. En *Revista de Ciencia Política*, 32(1), pp.65-85.
- Somma, N. M. (2012). The Chilean student movement of 2011-2012 : challenging the marketization of education. En *Interface: a journal for and about social movements* 4(2), 296-309.
- Stern, S. J. (2004). *Remembering Pinochet*. En: W. D. Mignolo, I. Silverblatt, & S. Saldivar-Hull, (Eds.). Durham and London.
- Svampa, M. (2008). *Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina*. I Jornadas de Análisis Críticos, Universidad del País Vasco [noviembre]
- Svampa, M. (2010). Hacia una gramática de las luchas en América Latina: movilización plebeya, demandas de autonomía y giro eco-territorial. En *Revista Internacional de Filosofía Política*, N° 35, pp. 21-46
- Taylor, D. (2012). *Performance*. Ed. Asunto impreso, Buenos Aires, Argentina.
- Taylor, D. (2013). The Politics of Passion. En *E-Misferica* 10(2), recuperado de <http://hemisphericinstitute.org/hemi/en/e-misferica-102/taylor>

- Thielemann, L. (2016). “La anomalía social de la transición” *Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987 - 2000)*. Ed. Tiempo Robado, Santiago, Chile.
- Tironi, E. (2011). *¿Por qué no me quieren? Del Piñera way a la rebelión de los estudiantes*. Santiago: Uqbar editores.
- Undurraga, T. (2014). *Divergencias. Trayectorias del neoliberalismo en Argentina y Chile*. Ed. UDP, Santiago, Chile.
- Vásquez, M. et. al. (2017). *Militancias juveniles en la Argentina democrática Trayectorias, espacios y figuras de activismo*. Ed. Imago Mundi, Argentina.
- Wieviorka, M. (2014). Memory and Sociology: Subjectivization and De-subjectivization. In L. A. Farro y H. Lustiger-Thaler (Eds.), *Reimagining Social Movements: From Collectives to Individuals*, pp. 107–116. New York: Routledge